



## ■ artículo

SCV Societat Catalana  
de Victimologia

SOCIEDAD VASCA DE VICTIMOLOGÍA  
EUSKAL ERRETORLOGIA SOCIETATEA

HUYGENS  
EDITORIAL

REVISTA DE VICTIMOLOGÍA | JOURNAL OF VICTIMOLOGY  
Online ISSN 2385-779X  
www.revistadevictimologia.com | www.journalofvictimology.com  
DOI 10.12827/RVJV.14.01 | N. 14/2022 | P. 9-14  
Fecha de recepción: 01/09/2021 | Fecha de aceptación: 10/01/2022

# La relación víctima-violencia, una interpelación a la sociedad

Victim-violence relationship, an interpellation to society

Manuel Reyes Mate

Doctor Vinculado *Ad Honorem*. Instituto de Filosofía. Departamento de Filosofía Teórica y Filosofía. Práctica (CSIC). Grupo Filosofía Social y Política (FISOPOL).

### Resumen

Se reflexiona sobre el significado de las víctimas en relación con la respuesta a la violencia por parte de la sociedad con alusión a algunos paralelismos de situaciones históricas diversas.

### Palabras clave

Víctimas; violencia; sociedad.

### Abstract

This is a brief reflection on the meaning of victims in relation to the social responses to violence with some parallelism in diverse historical contexts.

### Keywords

Victims; violence; society

Ocurre que, cuanto más tiempo pasa, cuanto más se normaliza una situación traumática, más difícil es hablar del pasado traumatizante, aunque sigue presente. Se impone entonces un esfuerzo que no es sólo psicológico o subjetivo sino epistémico y hasta estructural.

Voy a intentarlo, desplazando los daños de la experiencia terrorista, que ha sufrido la sociedad vasca, al terreno de la violencia latente en la sociedad actual. Vamos a suponer que hay una relación entre violencia pasada y violencia latente. Es una suposición razonable, si tenemos en cuenta otras experiencias. El precio entonces de una normalización lograda debería ser el reconocimiento de la violencia latente.



Acordemos que la violencia es una de las lecciones más confusas de la cultura occidental. Occidente ha mirado con comprensión y simpatía la violencia. Podemos hablar del prestigio de la violencia, prueba de ello es su justificación en las filosofías de la historia en nombre del progreso. Ahí asoma la contumaz invisibilización de las víctimas. Siempre las ha habido, dicen esas construcciones históricas, pero había que declararlas in-significantes.

Algunos botones de muestra: Heráclito recuerda que *polis* y *polemos* tienen la misma raíz, la guerra, que es “la madre y la reina de todo”. Un convencimiento que está en los mitos, como el de Prometeo donde se cuenta, en la versión del Protágoras, que el fuego no sirve para calentarse ni cocinar, sino para matarse. También en la filosofía: para Rosenzweig la filosofía es ideología la guerra (por el sacrificio de lo accidental a lo esencial). Este trasfondo cultural explica que tantos hayan pensado en la guerra como “gran oportunidad histórica” (Unamuno o Teilhard de Chardain, sin ir más lejos). Joseba Arregi, en su libro *El terror de Eta*, llama la atención sobre el lugar preeminente que guarda en Hegel el terror, en ese momento culmen del pensar que llamamos ilustración. No es por casualidad.

Vista así las cosas no habría que extrañarse de la querencia no sólo de la sociedad vasca sino de toda la cultura occidental a no detenerse en el pasado (“en los ecos y lamentos que vienen del pasado”, como decía Brecht), de pasar página, de no mirar hacia atrás, de olvidar (Renan, en *¿Qué es una nación?*, habla de lo importante que es para el nacionalismo, no los recuerdos comunes, sino los olvidos pactados). Hegel lo formuló lapidariamente cuando dijo “sólo el presente es; el pasado y el futuro, no”. Cuando hoy la gente pide pasar página, tiene buenos avalistas: más de veinticinco siglos de complicidades.

¿Por qué y cuándo ha cambiado eso? Cuando aparece un abogado del tiempo pasado, a saber, la memoria. A partir de ese momento el sufrimiento deja de ser algo natural e inevitable. No: es algo histórico y evitable. Y deja también de ser una mera sensación, un mal rato, para pasar a ser una experiencia colosal que la sociedad tiene que tomarse muy en serio.

¿Qué hacemos entonces cuando el sufrimiento llega, nos habita, condiciona durante años la vida de toda una sociedad? Pues que hay darle su importancia:

- a) Su importancia individual: el sufrimiento que causa la culpa, por ejemplo, no funciona como una digestión, sino que puede curar o matar (caso de Raskolnikov);
- b) Su importancia social: crea un trauma en la sociedad que plantea la necesidad del duelo; y, finalmente,



- c) Su importancia ideológica: hay que preguntarse cómo afecta la violencia que causa el sufrimiento a la ideología que lo produce. A nadie se le ocurre ya separar *Mein Kampf* de Hitler con el *III Reich*.

Me voy a centrar en el duelo. Quiero hablar de la sociedad vasca, pero desde la distancia, desde la Alemania posnazi. Claro que son casos bien distintos, pero lo que me interesa es ver cómo se *aplica* socialmente el duelo. Me remito al libro de los Mitscherlich, fechado en los años sesenta, titulado *La incapacidad de los alemanes para el duelo*. Lo que ahí se dice es que un país que ha recurrido a la *Endlösung* (solución final), como arma de guerra, no puede volver a la normalidad clausurando sencillamente los campos. Hay que elaborar más lo ocurrido porque, de lo contrario, los campos seguirán abiertos (que es lo que ocurrió con el de *Buchenwald*). Se trata de integrar la catástrofe vivida y provocada en la experiencia de los contemporáneos. Esa integración es “el duelo”. Entendemos por duelo, en una primera y elemental aproximación, la elaboración de una pérdida querida que se traduce en empobrecimiento, que nos vacía. Nos referimos lógicamente a la pérdida de un ser querido. En ese querer hemos invertido muchas energías que necesitamos recuperar para nuevas empresas. En este caso la pérdida es de Hitler, el ser querido con el que nos identificábamos y quien nos representaba. Su derrota debería aparecer como una gran pérdida (de nuestros sueños, ideales, además del poder real de Alemania). Su desaparición nos debería dejar vacíos, *empobrecidos*, con el añadido de que, si queremos seguir viviendo, necesitamos recuperar esa inversión.

Sin embargo, en Alemania no ha habido duelo porque al ver al ídolo caído, los alemanes se han desentendido de él. No soportan su derrota. No han querido saber nada de él ni del nosotros que estaba con él. También les avergüenzan los hechos que ahora son expuestos por los vencedores como crímenes inimaginables, hechos, sin embargo, que ellos defendieron con entusiasmo, contribuyendo a su realización. ¿La consecuencia? Que los alemanes siguen siendo igual que antes. No han cambiado, aunque hayan cambiado de bando (del de los violentos a los demócratas), pero siguen siendo los mismos: igual de anticomunistas, antisemitas, autoritarios... Han cambiado la *forma* de expresarlo: antes, declarando la guerra; ahora, volcándonos en el trabajo para asombrar al mundo con el “milagro alemán”.

Sólo el duelo permite cambiar porque nos coloca donde estábamos, nos recuerda lo que hicimos y quiénes éramos. Nos permite asumir nuestras culpas y responsabilidades y, por tanto, identificarnos con lo que fuimos o no. “Sólo podemos dejar de ser como Hitler si asumimos que fuimos como él”. No nos reconciliaremos con los “amigos” actuales (demócratas) mientras no asumamos que fuimos sus “enemigos” entonces: sólo nuestra amistad puede ser sincera hoy si nos sentimos interpelados por los enemigos y por los valores de entonces.



Lo que hubo, en lugar de esto, fue un duelo improductivo (melancolía). A los alemanes les dolió la derrota, claro, porque les trajo muchos males, pero no les dolía la barbarie, las muertes, la miseria que produjo el *III Reich* (incluso entre ellos). Lo que les dolía era la humillación de la derrota. No se sentían aliviados por poner fin a tanta locura, sino que se sentían heridos en su narcisismo. Llegaron a odiar al Hitler derrotado porque no supo defender lo mío, lo propio.

Esa incapacidad para el duelo revela a) no sólo que siguen siendo iguales, sino b) una forma patológica de vivir: incapacidad de amar al otro en su diferencia, de exponerse a lo desconocido, de ahí la necesidad de buscar la protección tribal –iba a decir “en la cuadrilla”– en figuras paternalistas como Adenauer. No han encontrado la humanidad que perdieron.

El País Vasco y Alemania son casos diferentes, pero algo sí podemos aprender de la experiencia alemana, a saber, primero, que el duelo además de individual puede y debe ser social (que Eta, como el *Reich*, como el franquismo, pueden ser objeto de duelo). En segundo lugar, que el cambio real político no consiste en cambiar armas por votos, sino en un cambio interior que pasa por revisar un universo mental que justificaba la muerte, el secuestro, el recurso a la delación o a la extorsión o a la segregación social, como arma política. Y, finalmente, que es necesario un cambio *exterior* que afecta a la educación en las escuelas, a los valores que se difunden desde el poder o al enfoque público de la memoria, a los discursos sobre lo sucedido.

Esto es lo que ocurrió más tarde en Alemania, aunque costó. Me refiero al llamado *Debate de los historiadores* que supuso una gran catarsis colectiva.

Para concluir diría que la superación de un pasado traumático supone una enorme inversión teórica y práctica, educativa y política, psicológica y estructural. Más en concreto: a) no podemos vivir ni pensar ni sentir como si nada hubiera ocurrido. Lo ocurrido es una lección. Es lo que da que pensar. Hay que dar importancia ahora a lo que posibilite el cambio, ese cambio necesario para no repetir la historia. Ese cambio que queremos implica hacer las cosas de otra manera. Para ello tenemos que dejar de ser como éramos; deponer el orgullo provinciano; tenemos que dejar de parecernos a nosotros mismos. Tenemos que dejarnos interpelar por lo que hemos producido. Me refiero al sufrimiento, todo sufrimiento: el que hemos causado a los demás y a nosotros mismos.

Se impone una cura de humildad colectiva: la política no debería pretender crear el mejor de los mundos, sino reducir el sufrimiento personal y social. Desterrar la violencia en las relaciones interpersonales, en la vida social, en la vida política.



## Referencias

- Arregi, J. (2015). *El terror de ETA. La narrativa de las víctimas*. Madrid: Tecnos.
- Mitscherlich, A. y Mitscherlich, M. (1975) The inability to mourn: Principles of collective behaviour, trad. al inglés por B.R. Placzek. Nueva York: Grove. [(1967) *Die Unfähigkeit zu trauern: Grundlagen kollektiven Verhaltens*. Munich, Piper].
- Renan, E. (1987). *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza Editorial.

